

Cultura. Ser para Cristo

**Apuntes de la intervención de Davide Prosperi
en la asamblea de la Asociación Italiana de Centros Culturales**

Milán, 18 de mayo de 2024

Empiezo a partir de una premisa: lo que voy a decir hoy es el fruto de un largo trabajo acerca de la cuestión de nuestra presencia cultural, un cotejo que hemos hecho en los últimos meses los que compartimos la responsabilidad del movimiento. Como hemos repetido durante estos últimos años, el juicio que propone la autoridad es expresión de la comunión. El juicio que os ofrezco contiene la aportación de mi propia experiencia, madurada durante muchos años en lugares de responsabilidad en el movimiento, primero con don Giussani, después con Julián Carrón, y ahora en el cargo que me ha sido confiado en nuestra compañía.

Tiempos de recapitulación, discernimiento, renovación y nuevo impulso misionero

Quisiera empezar con las palabras que pronunció el papa Francisco en la audiencia que concedió a CL el 15 de octubre de 2022: «No han faltado serios problemas, divisiones y ciertamente también un empobrecimiento en la presencia de un movimiento eclesial tan importante como Comunión y Liberación, del cual la Iglesia, y yo mismo, espera más, mucho más. Los tiempos de crisis son tiempos de recapitulación de vuestra extraordinaria historia de caridad, cultura y misión; son tiempos de discernimiento crítico de lo que ha limitado el potencial fecundo del carisma de don Giussani; son tiempos de renovación y relanzamiento misionero a la luz del momento eclesial ac-

tual, así como también de las necesidades, sufrimientos y esperanzas de la humanidad contemporánea».

En estas palabras del Santo Padre, creo, se hace evidente que no puede faltar una seria reflexión, en el camino educativo que la Iglesia –y nuestra propia historia– nos confía en este momento, sobre los aspectos que caracterizan la relación con nuestro origen, con lo que estamos acostumbrados a llamar “carisma”, bien en referencia a los contenidos que se han propuesto en los años pasados, bien en referencia a los que queremos plantear para los próximos. Por eso quería aprovechar este encuentro para plantear, o intentarlo, mis preocupaciones en torno a la cuestión de la cultura, de importancia capital para nosotros. Y espero que esto sirva, además, para aclarar que mis insistencias en los últimos años no han tratado de “corregir” la enseñanza de quien me ha precedido –intención que se me atribuye a veces–, sino de desarrollar los términos de un discurso en el que necesitamos dar un nuevo paso, como sugieren las palabras del Papa.

Durante los años en que Julián Carrón guio el movimiento, el juicio de fondo (por decirlo así) acerca de la presencia cultural se identificó con una expresión muy eficaz que, como sabemos, dio título al libro que recoge algunas intervenciones de Carrón, oportunamente reelaboradas, traducido a varias lenguas y presentado en varias partes del mundo: *La belleza desarmada*¹.

Esta afortunada expresión contiene –resumo para no consumir demasiado tiempo– el concepto de “desarme” de la belleza, en el sentido de que el testimonio gratuito de una experiencia marcada por el encuentro con Cristo lleva en sí una belleza tal que es capaz de golpear los corazones, de convencer al otro de que esta belleza le conviene, sin imponer nada, es más, exaltando su libertad para seguirla. Volveré a esto en breve.

Sin embargo, quisiera recordar al hilo de esta imagen la idea de que la belleza, siempre y en cierto sentido, está también “armada”, como trataré de explicar dentro de poco. Me parece que este es un aspecto que estamos tratando de recuperar y que quizá haya faltado en nuestro discurso sobre la cultura en los años recientes. Sin duda es inevitable que en ciertos momentos se subrayen ciertos aspectos y en otros momentos se señalen otros. El problema surge cuando un juicio particular, que se ofrece en un momento histórico

1 J. Carrón, *La belleza desarmada*, Encuentro, Madrid 2016.

particular, se entiende o se interpreta después de manera absoluta. Esto es lo que, en parte, por ejemplo, sucedió con la cuestión de la cultura, provocando incomprensiones y divisiones, especialmente en muchos que habían vivido momentos de intensa experiencia de presencia en sus ambientes durante el periodo de tiempo que pasaron con don Giussani. Se trata de incomprensiones y divisiones que arrastran sus consecuencias hasta hoy. Por eso quisiera en primer lugar limpiar el campo de posibles malentendidos que están obrando una especie de *damnatio memoriae* sobre nuestro pasado reciente y hasta una abolición de las enseñanzas de los últimos quince años. Al contrario, lo que estamos tratando de hacer, precisamente a partir del reconocimiento del valor objetivamente positivo de cuanto se ha dicho y hecho hasta ahora, es poner de relieve o, mejor, ampliar la mirada sobre la entera propuesta educativa de don Giussani, en la que la presencia cultural tiene un indudable papel fundamental. «Le animo, por tanto, junto a sus colaboradores, a continuar con el trabajo emprendido que trata de preservar una visión integral del carisma»², nos ha escrito recientemente el Santo Padre.

La belleza es *splendor veritatis*

Entonces, ¿en qué sentido está “armada” la belleza? Parto de la observación de que la belleza de la que estamos hablando, como la historia nos documenta ampliamente, ha suscitado y suscita atractivo y adhesión a ella, pero también resistencia y rechazo. ¿Por qué? Porque la belleza, como nos la ha propuesto siempre don Giussani desde el seno de la tradición de la Iglesia, es *splendor veritatis*, es resplandor de la verdad y del bien: la belleza es manifestación de la gloria de Cristo, y el resplandor de esta gloria no suscita siempre y necesariamente un atractivo, sino que también puede suscitar un rechazo, según la postura del corazón de los que se encuentran con ella. Y añado que, si la belleza no resplandece y hace una propuesta que coincida con la propuesta integral de la verdad de Cristo, no es belleza de Cristo, sino otra cosa. Lo que quiero decir es que la belleza de Cristo también es una espada –esta es la cuestión–, atrae y al mismo tiempo contradice, desafía, hiere, y en este sentido está “armada”: no porque tenga necesidad de ser sostenida por “armas” externas a ella (el apoyo del poder del Estado, por ejemplo), sino porque, en su naturaleza de resplandor de la verdad y del bien,

2 «Carta del Papa», Santa Marta, 30 de enero de 2024, en *Huellas*, n. 3/2024, p. 1.

cuando se encarna, acontece, se propone, contradice nuestras medidas, al “mundo”³. Y por tanto nos incomoda, entra en lucha, en polémica, con lo que pensamos normalmente, exigiéndonos un amor a la verdad mayor que a nosotros mismos, un amor que siempre implica un sacrificio. La belleza, pues, no pierde nada de su esplendor cuando tiene el coraje de plantearse, de tomar posición (aun oponiéndose al mundo), “fuerte” en la comunión eclesial y en las riquezas de su *tradición*. Y no solo no pierde nada, sino más bien se manifiesta verdaderamente como belleza. De aquí surge un importante corolario o consecuencia: no es necesario volver a empezar siempre desde el principio; podemos construir sobre una historia que nos ha alcanzado con toda su especificidad. Como solían decir sabiamente los medievales, somos enanos a hombros de gigantes. De lo contrario, ¿cómo os explicáis el florecimiento de realidades como la que hoy representáis si la presencia y el testimonio cristiano fueran el mero resultado de una fuerza o compromiso subjetivos? Es ciertamente una cuestión *personal* –eso sí–, pero es necesario eliminar de esta palabra las posibles ambigüedades que la pueden reducir a *individual* o *individualista*, según un concepto del “yo” que no implique un “nosotros” entendido como conciencia madura de pertenecer. Porque, cuando falta el “nosotros”, nuestra presencia se vuelve frágil y se queda inmadura, como decíamos en los Ejercicios de la Fraternidad.

Una fe madura es una fe que se nutre de la amistad con Cristo, que se manifiesta ante todo en nuestra comunidad, vivida, ejercitada y expresada en todos los aspectos de nuestra relación con la realidad. Don Giussani expresa así este concepto durante un encuentro de Bachilleres en 1979 en el que habla de su primera audiencia –nada más realizarse– con Juan Pablo II: «La comunidad para nosotros es, por tanto, la expresión de una *realidad ontológica*, de un ser profundo, de una verdad real. Precisamente porque somos una sola cosa debemos expresarnos en fraternidad, en comunidad»⁴.

3 «Por entonces me acordaba a menudo de una frase, aparentemente antiecuménica, de un libro de monseñor Garofalo, que leí cuando todavía estudiaba el bachillerato y que empezaba así: “El cristianismo entró en el mundo polemizando con el mundo”. [...] Porque también a mí, a todos nosotros, nos ocurre así: el cristianismo llega a los oídos de nuestro corazón y de nuestra conciencia en oposición, en contraste, en lucha, polemizando con lo que normalmente pensamos, con lo que normalmente sentimos o con el modo en que solemos comportarnos» (L. Giussani, *El yo, el poder, las obras*, Encuentro, 2008, p. 124).

4 Prosigue don Giussani: «La comunidad no es apretujarnos unos con otros. La comunidad es una dimensión mía. Incluso cuando me dedico a otras cosas, llevo dentro de mí, aunque no sea en detalle,

En la Jornada de apertura de curso escuchamos las palabras de Benedicto XVI: «Nuestra fe es verdaderamente personal solo si es también comunitaria»⁵. Análogamente, en la misma intervención del 79 que acabo de citar, don Giussani vuelve a las palabras de Juan Pablo II (que a su vez cita la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI): «Evangelizar no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial, un acto de la Iglesia»⁶. Giussani lo confirma: «Insistimos en el aspecto comunitario, ¿por qué? Porque estar juntos no solo da fuerza, sino que, ante todo, es un deber. La comunidad, estar juntos, es la expresión de la comunión»⁷.

¿Por qué Benedicto XVI y don Giussani critican una fe entendida «subjétivamente»? Porque corre el riesgo de ser vaciada de su contenido de verdad corpórea –por decirlo de alguna manera–, es decir, de *hecho*, y acabar reducida a sentido religioso. La categoría de *acontecimiento* (que es la categoría fundamental del cristianismo y que don Giussani sostuvo con tanta insistencia) corre el riesgo de perder consistencia y confundirse fácilmente con la emoción que suscitan los acontecimientos –buenos o malos, da igual, lo importante es que sean evocadores–. Este riesgo está muy presente en nosotros, como recordábamos en la Jornada de apertura de curso⁸. En cambio, una fe madura –nos dice don Giussani– es el verdadero motor de una presencia novedosa en el ambiente, capaz de generar no solo pensamientos y discursos, de los que están llenos los programas de televisión, los periódicos, las redes sociales...

los rostros de la gente a la que estoy unido, y me gustaría que toda la Iglesia tuviera esta conciencia: sería el fin del mundo. Porque cuando toda la Iglesia tenga esta conciencia de la unidad y todos los cristianos sean verdaderamente una sola cosa, se realizará el milagro del fin del mundo, que ya vibra en dos que cuando se encuentran y comprenden, cuando se reconocen el uno en el otro porque los dos tienen fe, se dicen: "Somos una sola cosa, estamos juntos, y por eso vivimos la vida juntos". Pero cuando uno está en casa, cuando uno de ellos está en casa, todavía tiene dentro esta relación. Es decir, la comunidad y la fraternidad es una dimensión que uno lleva dentro, es una característica que lleva dentro» (Cf. *Fraternità di Comunione e Liberazione* [FCL], *Documentación audiovisual*, Encuentro de Bachilleres con don Giussani, Milán, 22 de febrero de 1979).

5 Benedicto XVI, *Audiencia general*, 31 de octubre de 2012.

6 Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 60, 8 de diciembre de 1975, en Juan Pablo II, *Discurso en la inauguración de la III Conferencia general del episcopado latinoamericano*, Puebla, Méjico, 1979.

7 Cf. FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de Bachilleres con don Giussani, Milán, 22 de febrero de 1979.

8 D. Prosperi, «La fe, cumplimiento de la razón», suplemento de *Huellas* n.10/2023.

sino *lugares*. Si os acordáis, en el encuentro de hace dos años (asamblea de la Asociación Italiana de Centros Culturales de 2022) decíamos que un centro cultural, al margen de sus dimensiones, es un lugar de encuentro. Pero para que pueda darse un encuentro es necesaria una presencia y, por tanto, el centro cultural está llamado a ser un lugar de presencia. Una fe que madura, aunque sea a través de mil obstáculos y hallando oposición –o incluso siendo atacada explícitamente–, crea poco a poco lugares en los que el juicio que nace de la fe arroja una nueva luz, la luz del rostro de Cristo resucitado, sobre las circunstancias de todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

«Regresar a los aspectos elementales del cristianismo»⁹

Permitidme que ahora articule algunas consideraciones; son lo que me parece más urgente respecto a nuestra tarea histórica en la acción cultural pública. Como pertenecientes a un movimiento, o más sencillamente como cristianos, tenemos una misión: la vida nueva que Cristo nos donó en el bautismo y ha sido reavivada en el encuentro con nuestro carisma nos abre a un horizonte universal, en el que cada uno es una contribución indispensable en el lugar concreto en el que vive. ¿Qué forma ha de tomar esta contribución? La vida de las primeras comunidades cristianas y su actividad misionera –tal como nos la presentan los Hechos de los apóstoles– nos ayuda a responder a esta pregunta. En esta respuesta se manifiestan tres aspectos, siempre contemporáneos y necesarios.

Un cristianismo atractivo

El libro de los Hechos cuenta que un número cada vez mayor de personas se adherían a la fe atraídos por la vida de aquel grupo que se reunía bajo el pórtico de Salomón. Escribe don Giussani al respecto: «[...] la Iglesia comenzó así literalmente a “dejarse ver” bajo el pórtico de Salomón, a presentar ante los demás un primer brote visible,

⁹ «No solo no pretendí nunca “fundar” nada, sino que creo que el genio del movimiento que he visto nacer consiste en haber sentido la urgencia de proclamar la necesidad de volver a los aspectos elementales del cristianismo, es decir, la pasión por el hecho cristiano como tal, en sus elementos originales y nada más» (L. Giussani, «Carta a Juan Pablo II, 26 de enero de 2004», en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro 2014, p. 1182).

una primera percepción de la misma que es inevitable calificar como comunitaria»¹⁰. La vida de aquellos primeros cristianos, la caridad fraterna, la alegría y la certeza con la que vivían las circunstancias cotidianas de la vida de todos suscitaban estima y curiosidad. Era una experiencia de vida que atraía. Por tanto, cada uno de nosotros está llamado a vivir y testimoniar, allá donde se encuentre, la belleza y la alegría de la fe en Cristo. Leo en *La belleza desarmada*: «Esta es la tarea fundamental de los cristianos en una sociedad pluralista: ser nosotros mismos, testimoniando la novedad de vida que nace del encuentro con Cristo. [...] “La contribución de los cristianos solo es decisiva si la inteligencia de la fe se convierte en inteligencia de la realidad” (Benedicto XVI)»¹¹.

Diálogo y juicio cultural

Quisiera detenerme algo más en este segundo aspecto. Prosigue el texto de *La belleza desarmada*: «Un protagonista como el que hemos descrito no se asusta de vivir en la situación actual de pluralismo cultural. Y menos aún la vive sumergido en la queja o el lamento. En esta situación de crisis de lo humano, de misterioso letargo y aburrimiento invencible, es donde la fe cristiana puede mostrar lo conveniente que es para el hombre. Y lo hará si nosotros conseguimos comunicar, a través de la experiencia, que la fe hace la vida más humana, más intensa, más digna de ser vivida»¹².

Es iluminador el episodio de san Pablo en el Areópago. El libro de los Hechos nos presenta a Pablo en la ciudad de Atenas, manteniendo un diálogo con todos con los que se topa, hasta que al final lo llevan ante el tribunal del Areópago. En su discurso, Pablo parte de las cosas que ha observado en la ciudad (“pluralismo cultural”): una estatua dedicada al *Dios desconocido*. No se escandaliza por la evidente idolatría de sus interlocutores, sino que toma en serio su deseo religioso, que se manifiesta incluso a través de ella. Pero cuidado, ¿en qué sentido lo toma en serio? Pablo transforma lo que solo pretendía ser una protección contra el posible ataque a cualquier divinidad excluida del Panteón en la posibilidad de anunciar a los atenienses «lo que adoráis sin conocer»¹³. Pablo le da por tanto un significado nuevo y más verdadero a cuanto encuentra en la

10 L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro 2014, p. 110.

11 J. Carrón, *La belleza desarmada*, op. cit., p. 106-107.

12 *Ibidem*, p. 107.

13 Hch 17,23.

religiosidad de los atenienses; no tiene miedo a entrar en diálogo con ellos, escucharlos, y al mismo tiempo no duda en anunciarles algo que ellos todavía no conocen pero que, sin embargo, les permite explicarse a sí mismos de la manera más exhaustiva.

Una frase del papa Francisco expresa bien la condición necesaria para este diálogo: «La reanudación de un diálogo, a menudo, no se da mediante las palabras, sino mediante el silencio, por el hecho de no obstinarse y volver a empezar pacientemente a escuchar a la otra persona, escuchar sus agobios, lo que lleva dentro. La curación del corazón comienza con la escucha»¹⁴. Por tanto, una auténtica cultura nueva exige siempre una escucha seria de las preguntas, de las provocaciones y los desafíos siempre nuevos que la mentalidad dominante plantea a la Iglesia. Este me parece un rasgo inconfundible de nuestro carisma: dejar que estas preguntas hieran, tener el gusto de dejar que te provoquen e interroguen, sin sustraerte a esa confrontación en nombre de un supuesto interés “más elevado”. Por tanto, la preocupación que viene de las preguntas nuevas e inéditas que el mundo nos plantea, si nos ponemos humildemente a la escucha, puede, paradójicamente, abrir a un descubrimiento más profundo de la verdad contenida en Cristo y en el carisma. Llegando a afrontar y hasta aclarar algunos puntos, en tantas cuestiones, que Giussani y la misma Iglesia todavía no han clarificado explícitamente. Giussani fue el primero en hacer esto. Entonces, de la misma manera y por poner un ejemplo, si Giussani no tuvo que afrontar las preguntas que la revolución antropológica actual nos plantea hoy a nosotros, eso no significa que, como él no tuvo que afrontarlas, haya que considerarlas necesariamente irrelevantes.

El papa Benedicto XVI, en su conferencia al *Collège des Bernardins*, explica la razón profunda del comportamiento de san Pablo: «[...] los cristianos de la Iglesia naciente no consideraron su anuncio misionero como una propaganda, que debiera servir para que el propio grupo creciera, sino como una necesidad intrínseca derivada de la naturaleza de su fe: el Dios en el que creían era el Dios de todos, el Dios uno y verdadero que se había mostrado en la historia de Israel y finalmente en su Hijo, dando así la respuesta que tenía en cuenta a todos y que, en su intimidad, todos los hombres esperan. La universalidad de Dios y la universalidad de la razón abierta hacia Él constituían para ellos la motivación y también el

14 Francisco, *Ángelus*, 5 de septiembre de 2021.

deber del anuncio. Para ellos la fe no pertenecía a las costumbres culturales, diversas según los pueblos, sino al ámbito de la verdad que igualmente tiene en cuenta a todos»¹⁵.

A veces, algunos cristianos ven el diálogo y el juicio cultural como intentos de proselitismo, de activismo, de una ideológica “batalla por los valores” que divide; en resumen, de integrismo. Para ellos, la única forma de anunciar la fe sería la atracción que suscita la vida cristiana personal. Sin embargo, en mi opinión, esta última idea ha corrido el riesgo de la ambigüedad, también entre nosotros. Si bien es cierto, como decíamos, que la atracción es el primer factor en juego, también es verdad que esa atracción no se puede confundir con *agradar al mundo* y evitar despertar susceptibilidades. No puede ser este el criterio de acción del cristiano. Para dar un paso más allá, cito otro pasaje de *La belleza desarmada*: «Para comprender qué tipo de presencia se necesita para poder testimoniar a Cristo hoy puede resultar útil tener presente una observación. Cuando tenemos que defender algo en un contexto polémico, para que nuestra respuesta sea incisiva, no pocas veces, casi sin darnos cuenta, aceptamos el planteamiento de la cuestión definido por otro. De este modo nuestra posición está determinada por la postura del contrario, es reactiva, en lugar de ser original, es decir, una postura original que nace de nuestra experiencia de fe. Esto lleva a reducir de nuevo el cristianismo o su testimonio a la mera transmisión de una doctrina, o de unos valores o de una ética»¹⁶. Es un pasaje que hay que comprender adecuadamente. El juicio que contiene es indudablemente cierto allí donde el testimonio se reduce a la *mera* proposición de una doctrina; pero se vuelve problemático cuando se interpreta de manera absoluta y unilateral, llevando casi a teorizar un desinterés, si no una falta de estima, por la doctrina, los valores y cualquier preocupación ética sin plantearse una seria pregunta sobre las implicaciones educativas de esta posición. En la medida en que esto ha sucedido, también entre nosotros, ha llevado progresivamente a la fragilidad del juicio personal sobre gran cantidad de aspectos muy concretos de la vida. Pensemos, a modo de ejemplo, en algunas de las cuestiones que hemos empezado a tratar en los últimos números de *Huellas*: desde la afectividad a la moral, hasta los llamados temas éticos que aún hoy son muy discutidos, como la defensa de la vida de principio a fin. A menudo somos frágiles en las razones porque somos frágiles en el juicio cultural que genera la fe cuan-

15 Benedicto XVI, *Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins*, París, 12 de septiembre de 2008.

16 J. Carrón, *La belleza desarmada*, op. cit. p. 108.

do se vive adecuadamente. Y el juicio cultural tiene, sí, inevitablemente, un carácter personal (arriesgarse y ser creativos a nivel personal son cosas fundamentales), pero sí no tiene su origen en la experiencia de una vida en comunión y no asume por tanto la forma de un juicio comunal –es decir, que «expresa la comunión que se vive»¹⁷–, no nace una cultura nueva, una cultura verdaderamente cristiana, que se pueda proponer al mundo. De hecho, al final, nosotros somos los primeros que nos perdemos. Escribe Giussani en *Crear huellas*: «Si reflexionamos sobre nuestra experiencia nos daremos cuenta, en cambio, de cómo, a menudo, tiende a prevalecer en ella un egocentrismo que decide por sí solo los factores que constituyen el Acontecimiento al que decimos pertenecer y que no nace de nosotros: en lugar de obedecer se impone la afirmación de lo que pensamos nosotros. Es una falta de mortificación de nuestro orgullo, es el pecado original que introduce, en la sencillez del origen, en la sencillez de la criatura, cuerpos extraños inducidos por algo distinto y que asumimos nosotros»¹⁸.

En cuanto a este aspecto, me parece relevante el apunte de que si los valores originales del cristianismo han sido durante dos milenios factores en los que se ha basado nuestra civilización, evidentemente su fortaleza reside en la absoluta razonabilidad del modo en que el acontecimiento de Cristo y su Iglesia responden al deseo del corazón del hombre de todo tiempo y lugar. No debemos perder, perdonadme el juego de palabras, las razones de esta razonabilidad. No se trata de una defensa estéril de valores abstractos, sino de un necesario y continuo volver a proponer y actualizar los fundamentos de una determinada identidad, que tiene su fuente en el rostro de Cristo Resucitado presente en la historia. En este sentido es necesario renovar continuamente lo que nos ha confiado la tradición. Todos recordamos que, ante la situación de la Iglesia en la Italia de los años cincuenta, don Giussani concluía que «cualquier tradición, o en general cualquier experiencia humana, no pueden desafiar a la historia, no pueden subsistir en el fluir del tiempo más que en la medida en que logren expresarse y comunicarse con modos que tengan una dignidad cultural»¹⁹. Y después volvió muchas veces y de varios modos sobre esta cuestión²⁰.

17 L. Giussani, «Sobre el juicio comunal», *Huellas*, n. 06/2001 p. 48.

18 L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, 2019, p. 160.

19 L. Giussani, *El movimiento de Comunión y Liberación. Entrevista de Robi Ronza*, Encuentro 2010, p. 10).

20 Por ejemplo, en el ya citado encuentro de Bachilleres de 1979, don Giussani observa una vez más: «Le he dicho [al Papa] que para nosotros la cultura es una conciencia crítica y sistemática de una experiencia de vida. Una conciencia crítica, por tanto, consciente de las razones, y sistemática, no parcial, de una experiencia de vida. Esta es la cuestión: si la fe se vuelve experiencia de vida, entonces la fe

Sin duda, la dimensión cultural del anuncio cristiano no está exenta de riesgos y puede ser motivo de burla –como le sucedió a Pablo en el Areópago– e incluso causar reacciones muy hostiles, incluidas la persecución y el martirio. Si volvemos una vez más a la experiencia de los primeros cristianos, nos daremos cuenta de que a los seguidores de Jesús los detestaban no tanto y no solo porque parecían *distintos* de los demás, sino porque, en vez de cultivar su identidad aisladamente de los otros (en una especie de auto marginación), entraban en la sociedad planteando preguntas y formulando juicios sobre ella y lo que sucedía en ella. Al entrar en la sociedad, los cristianos no se relacionaban con el prójimo diciendo sencillamente «estás equivocado, nosotros tenemos razón», sino que exhibían una clave de interpretación de la realidad capaz de comprenderla en todos sus factores y que ponía en crisis la capacidad de interpretación de sus interlocutores.

El martirio

En la tercera parte de los Hechos, Lucas nos propone la dimensión martirial del anuncio cristiano. Quizás ahora no sea el momento de profundizar en ella, pero es importante caer en la cuenta de que, al colocar estas tres dimensiones en necesario orden cronológico, Lucas quiere evitarnos la tentación de absolutizar una a costa de las demás.

Hoy nos hallamos indudablemente en un clima cultural diferente respecto a la época en que se escribieron los Hechos. Vivimos en un tiempo “poscristiano”, como se le ha definido, caracterizado por un fuerte relativismo y empapado de la mentalidad de lo “políticamente correcto”, hasta el punto de que la mera expresión “juicio cultural” parece dividir y no respetar la libertad de los demás. ¿Cómo podemos ser hoy interlocutores de una sociedad que ya no es cristiana, manteniendo el justo y sagrado respeto por la libertad ajena y al mismo tiempo sin diluir o disminuir el alcance del anuncio y la pretensión cristiana en un relativismo vacío? Hoy nada parece resistir, nada parece estable, ya no hay certezas, decíamos, pero además se teoriza que es bueno que así

contrataca con una cultura nueva, entonces la fe se hace sugerencia de un trabajo fascinante por una percepción, una concepción y una manera nueva de afrontar la vida y el mundo; para una antropología, una concepción del hombre, un sentimiento del hombre, para una concepción de la historia y para una concepción del cosmos distinta» (FCL, *Documentación audiovisual*, encuentro de don Giussani con Bachilleres, Milán, 22 de febrero de 1979).

sea. Las palabras que Jesús dirige a los apóstoles, «vosotros sois la sal de la tierra [...]. Vosotros sois la luz del mundo»²¹, adquieren para nosotros el peso de una responsabilidad enorme ante el mundo. Es decir, se nos invita, a nosotros los primeros, a volver a lo único –mejor, a Aquel– que es esencial y permanente.

Las consecuencias de una determinada concepción

Llegados a este punto, quisiera poner sobre la mesa algunas consecuencias de las cosas que hemos dicho, con el objeto de ayudarnos a juzgar nuestra situación actual y los pasos que hemos dado, que estamos dando y que tendremos que dar.

Un primer elemento que resalta, a mi parecer, cuando observamos los factores externos a nosotros, es este: no es cierto que hoy ya no haya ideologías; las hay, pero han cambiado. Ciertamente, la ideología de la confrontación se ha sustituido por una ideología del diálogo, en la que el diálogo ya no es un instrumento para relacionarte con los demás, como sostiene continuamente el papa Francisco, sino que se ha vuelto un fin último en sí mismo: “dialogar por dialogar”, eliminando la posibilidad de alcanzar una verdad hacia la que –está claro– siempre estamos humildemente en camino. Y la ideología del diálogo se vuelve ideología del equilibrio. Es lo que Benedicto XVI había profetizado: la *dictadura del relativismo*. Es un problema que nos atañe profundamente, como atañe a todos; es un problema que atañe a la Iglesia y, por tanto, a nosotros. Atañe al tiempo en que vivimos. ¿Qué verdad hemos de proponer? No tengo más respuesta que la siguiente: Cristo y la novedad que Él introduce en la vida de los que le reconocen y le acogen. «Cuando semejante Presencia [la presencia de Cristo] entra en juego en todas las relaciones de la vida, cuando estas están “colgadas” de ella, cuando dichas relaciones se salvan, se juzgan, se coordinan, se valoran y se usan a la luz de esa Presencia, se tiene una cultura nueva. Esta nace, pues, de la postura que uno asume hacia esa Presencia excepcional y decisiva para la vida. Por eso dice san Pablo: “Este es vuestro culto espiritual”, es vuestra cultura, es el punto de vista nuevo desde el que ver el mundo, la realidad entera. Cuando uno tiene una mirada de niño a esa Presencia, tanto si es pequeño como si es una persona madura (basta que sus ojos estén despojados de los “peros” y los “no sé” y estén llenos de la petición que alberga el corazón), entonces penetra en las relaciones,

21 Mt 5, 13-14.

cercanas y lejanas, con una luz que nadie posee, excepto aquellos que tienen la misma postura ante Cristo, el Dios hecho Hombre, el Verbo hecho carne»²².

Ganamos certeza en lo referente al juicio en la medida en que nos ayudamos a identificarnos con Cristo y su cuerpo histórico, que es la Iglesia. ¡No tenemos otra verdad! Como cristianos, estamos dispuestos a seguirle hasta la cruz, hasta el camino que Cristo, en obediencia y unidad con el Padre, quiso y debió recorrer. Y, ciertamente, eso le hizo incómodo, y nosotros también somos incómodos, siempre seremos incómodos, siempre estaremos *sin patria*, mientras seamos *de* Cristo y estemos *con* Cristo. Nuestro ideal en lo que se refiere a la presencia no consiste en no decantarnos por un lado u otro, casi como si estuviéramos por encima de la batalla: nuestro ideal es ser *para* Cristo, que significa justo lo contrario, es decir, entrar en la batalla con un juicio que solo viene determinado por la relación con Cristo vivida en la comunidad cristiana.

¿Por qué digo que estas cosas nos atañen tan de cerca? Porque, en mi opinión, es en las consecuencias donde se hace evidente que la concepción de fondo ha cambiado. La manera de vivir, de ser, los juicios que hacemos sobre los aspectos concretos de la vida, las relaciones, la moral, los juicios que damos o dejamos de dar, etcétera: son todos consecuencia de una determinada manera de concebir las cosas. La carencia de un juicio sobre aspectos concretos nos hace correr el riesgo de introducir cosas distintas al origen. Me explico: la caída, la inmoralidad en el sentido de caída, está siempre en nuestro haber (¡somos pecadores!) y uno la reconoce, es perdonado, se vuelve a levantar y se pone en marcha. El problema es cuando se justifica la caída. Cuando cambia en nosotros la concepción que tenemos de ella, entra en juego otro tipo de juicio. Y digo estas cosas porque veo este riesgo, hoy, presente también entre nosotros. Todos creemos que la verdad existe y puedes conocerla, que Jesús vive en medio de nosotros no como una definición sino como presencia. Pero decir que Jesús está presente plantea, en lo concreto, algunas derivaciones importantes.

La comunidad cristiana en diálogo con la modernidad

Primera derivación: cuando nos encontramos y dialogamos con la modernidad reconocemos en nosotros una *diferencia*. Creo que hemos corrido el riesgo de pensar que la diferencia que llevamos se mide por la capacidad que tiene de suscitar en el otro un

22 L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 158.

“asombro positivo”. Como si la verificación del hecho que la fe sustenta dependiera del consenso que es capaz de generar. ¡Claro, si esto sucede, mucho mejor, faltaría más, pero no está dicho que tenga que suceder! Podría ser justo lo contrario. Proponer a Cristo, de hecho, siempre va unido a proponer la verdad sobre el hombre que introduce la experiencia cristiana. Esto debería ser para el cristiano una preocupación mayor que la preocupación de tener la aprobación de los demás, de que estén inmediatamente de acuerdo con nosotros. Por lo demás, eso fue lo que le sucedió a Jesús: la relación con el Padre y la mirada al hombre que venía de ahí guiaban la urgencia de su juicio, no el reconocimiento que pudiera obtener de los hombres. Él fue una presencia muy incómoda, odiada. «Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros»²³. La pregunta es: ¿cuál es el criterio, el parámetro, de la verificación de que la fe resiste?

A este respecto, abro otro paréntesis que es otra consecuencia. Decíamos que hace falta una certeza de lo que eres, de tu propia identidad. ¿En qué consistimos? «Identidad significa pertenencia. No puedes tener identidad sin pertenecer. Si quiero saber quién soy, me pregunto: “¿A quién pertenezco?”»²⁴.

¿Cuántas veces nos ha dicho Giussani que la consistencia de nuestra persona, de nuestro rostro, está en la pertenencia a Dios, a Cristo, que se descubre y se vive a través de la pertenencia a la Iglesia, al movimiento, es decir, a la compañía en la que Cristo nos ha puesto y en la que nos hace caminar! Esta pertenencia es el contenido de una nueva conciencia de sí que, como está inmersa en una historia, se despierta y desarrolla gracias a una historia. Y los que viven esta conciencia revisten –estoy por decir que inevitablemente– con un juicio y una acción nuevas todo lo que se encuentran, en una unidad profunda con aquellos con los que han sido llamados. Es una cuestión decisiva. Porque la incidencia cultural parte de aquí, se nutre de esto. Cuando no es así, de hecho, ante los problemas que nos plantea el entorno, ante las presiones de la mentalidad dominante o las realidades que nos lo ponen difícil, se cae en la tentación de restringir los términos de nuestra experiencia y pensar que en el fondo la única cuestión importante es –en un sentido distinto del que hemos dicho– la “autoconciencia”, una posición “personal”; se nos exonera del riesgo de un juicio cultural y de una presencia

²³ Jn 15,18.

²⁴ Francisco, *Audiencia a los profesores y estudiantes del colegio San Carlo de Milán*, 6 de abril de 2019.

en el mundo, reduciendo en último término el contenido de la autoconciencia y debilitando la verificación misma de la fe. Debo decir que esto, en una u otra medida, en los años pasados, ha sucedido también entre nosotros. Muchas veces he visto oponer el reclamo a la autoconciencia –entendida en sentido reducido– al juicio cultural o a la presencia. Se trata de un empobrecimiento.

El horizonte de problemas que la vida plantea no puede quedar reducido al recinto personal. Aunque solo sea porque a menudo los desafíos que nos atañen personalmente son parte de un horizonte ambiental y cultural vasto y complejo, al que no podemos hacer frente en solitario. ¿Cómo incide la pertenencia a la Iglesia a la hora de afrontar estos desafíos? Si no tiene incidencia alguna, la pertenencia puede quedarse en la abstracción. Así cada uno sigue su camino, y solo estamos juntos cuando buscamos un consuelo sentimental, una aceptación recíproca, un reconocimiento mutuo que no resiste al paso del tiempo. No es esto lo que nos propuso don Giussani: «¿Qué quiere decir una vida de comunión? Una vida compartida para vivir la memoria de Cristo. Porque en la fraternidad, en la compañía fraternal, la presencia de Cristo es más pedagógica, se comunica de forma pedagógicamente más eficaz y se asimila de una manera más viva y segura. Si se vive la comunión fraternal, entonces se puede hablar de juicio verdaderamente común. Si no se hace el esfuerzo por vivir la vida de comunión, el juicio común será el cauce de una pretensión, donde pretenderemos afirmar nuestro punto de vista»²⁵. En mi opinión, estas afirmaciones interpelan nuestra idea de presencia pública, incluida su vertiente cultural.

La segunda derivación –la primera derivación era el reconocimiento de una diferencia– es la presencia como *amistad*. Os leo algo que dice Giussani y que me parece muy significativo respecto a su relación con Leopardi, siendo bien conscientes de la importancia decisiva que tuvo esta relación para él y para la historia del movimiento. «Cuando leí a Leopardi a los 14 años –¡lo leí durante todo el mes de mayo y no estudié nada!–, Leopardi no me era amigo. Representaba lo que yo sentía mucho mejor de lo que yo era capaz, pero no me era amigo: era una autoridad estática, ajena a mí. Cuando a los 16 empecé a entender ciertas cosas, Leopardi comenzó a enseñarme: me daba las razones de su melancólico ser y yo descubría, por esas mismas razones, que no era

25 L. Giussani, «Sobre el juicio comunional», op. cit., p. 48.

justo, las razones no eran exactas; y eso era porque él olvidaba ciertas cosas. Entonces tendría que haberlo rechazado; pero no solo no lo rechazaba, sino que me daba pena y se hacía mi amigo: se hizo mi amigo. Uno se hace amigo tuyo en la medida que tú lo interiorizas, es decir, entiendes las razones de por qué te representa. Cuando empiezas a entender las razones y empiezas a ser crítico con ellas –es decir, entenderlas mejor o entender sus límites–, entonces esa autoridad empieza a serte amiga»²⁶.

En este sentido la presencia ofrece al otro una amistad. No se trata de estrujarse con el otro y eliminar las diferencias para poder entrar en relación con él. En el fondo Jesucristo quería llamar a todos hacia sí, no tenía el problema de distinguir entre buenos y malos; todos eran suyos. Y yo, nosotros, existimos teniendo como vocación la de llamar a todos hacia Él. Por eso la crítica va unida a la proposición de una amistad.

Tradición y juicio comunal

Dos últimos apuntes breves: el primero es sobre la tradición. Próximamente la Fraternidad publicará con la editorial Rizzoli un libro inédito de don Giussani que recoge intervenciones tuyas en el periodo de 1968 a 1970. En esos textos don Giussani dice que llega un momento –ya lo decía entonces– en que no es suficiente reintroducir o representar la tradición. Lo que no significa, sin embargo, que se haya superado esa tradición. De hecho, don Giussani no se detiene aquí, y en *Educación es un riesgo* dice: «el pasado puede proponerse [...] solo si se presenta *dentro de una vivencia del presente*»²⁷.

La tradición no pierde importancia, de hecho y con razón, se hace más importante, pero no puede darse por descontada. Por tanto, es necesario un mayor trabajo de valorización de esta a la luz de las nuevas preguntas que plantea la modernidad. En este sentido, me parece que debemos preguntarnos con urgencia qué quiere decir hoy, en lo concreto, volver a proponer la tradición en el presente. Es una invitación que Giussani hizo desde el principio y que yo vuelvo a proponer hoy: ¿qué instrumentos necesitamos?

26 Cf. L. Giussani, «Tu» (o della amicizia), BUR, Milán 1977, pp. 35–36.

27 L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro 2012, p. 16.

Último aspecto: el juicio comunional. Como ya he dicho, lo primero que hace falta es la escucha. Creo que, si hay algo de lo que pecamos de vez en cuando, es de cierta presunción, queremos llegar inmediatamente a un juicio sin conocer las cosas. Y en cambio, la escucha es importante precisamente porque en ella surge la necesidad, el deseo de un juicio verdaderamente comunional. Un juicio que después, tal vez, se expresa a través de una voz, no siempre ni necesariamente la misma, que dice cómo vemos las cosas. En el fondo, ¿qué es el juicio? El juicio es decir lo que vemos cuando nos fijamos en las cosas. Pero dos personas, ante la misma cosa, pueden ver dos cosas distintas. Y por tanto el valor de un juicio, por un lado, es favorecer una posición positiva, una propuesta razonable respecto a la mentalidad dominante; por otro es también apoyar a muchos que, íntimamente, sienten malestar ante la mentalidad dominante, pero no saben darse razones, y necesitan una amistad a la que pegarse para vivir adecuadamente su relación con la verdad. Hay, por tanto, un valor educativo en el juicio comunional; por aproximativo que sea, origina un trabajo, un movimiento y, por tanto, una presencia.

Creo que este juicio puede generar vuestra expresividad como centros culturales si vosotros mismos vivís la pertenencia al movimiento. Por eso, termino con una cita de don Giussani, sacada de *Seguros de pocas grandes cosas*, que puede servir de punto de partida, además de todo lo que se ha dicho, para la asamblea que tendremos ahora: «La fuente de la cultura es [...] la experiencia de una compañía vivida, la experiencia de una vida vivida. Quería simplemente hacer la observación de que la pasión por la verdad que todos comprendemos es el meollo para el desarrollo cultural, para la aventura de la cultura, no es otra cosa que la pasión por el hecho de Cristo y, por tanto, es la pasión por nuestra compañía, por el acontecer de nuestra compañía, por el acontecer de la compañía de nuestro movimiento, que es nuestra forma de vivir el gran acontecimiento de la compañía grande de la Iglesia de Cristo. En caso contrario, hasta podremos hacer cultura, pero no será cultura cristiana»²⁸.

28 L. Giussani, *Seguros de pocas grandes cosas*, Encuentro 2014, p. 235.